

Estimado lector/a:

Gracias por descargar este artículo. El texto que está a punto de consultar es de acceso libre y gratuito gracias al trabajo y la colaboración desinteresada de un amplio colectivo de profesionales de nuestra disciplina.

Usted puede ayudarnos a incrementar la calidad y a mantener la libre difusión de los contenidos de esta revista a través de su afiliación a la asociación AIBR:

<http://www.aibr.org/antropologia/aibr/socios.php>

La asociación a AIBR le proporcionará una serie de ventajas y privilegios, entre otros:

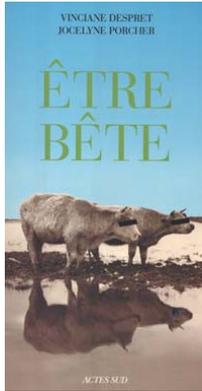
- 1 *Recibir en su domicilio la revista impresa, en Europa y América (tres números anuales).*
- 2 *Derecho a voto en las asambleas de socios, así como a presentarse como candidato a la elección de su Junta Directiva.*
- 3 *Acceso al boletín de socios (tres números anuales), así como la información económica relativa a cuentas anuales de la asociación.*
- 4 *Beneficiarse de las reducciones de precio en congresos, cursos, libros y todos aquellos convenios a los que a nivel corporativo AIBR llegue con otras entidades (incluidos los congresos trianuales de la FAAEE).*
- 5 *Promoción gratuita, tanto a través de la revista electrónica como de la revista impresa, de aquellas publicaciones de las que sea autor y que estén registradas con ISBN. La difusión se realiza entre más de 6.000 antropólogos suscritos a la revista.*
- 6 *Cuenta de correo electrónico ilimitada de la forma socio@aibr.org, para consultar a través de webmail o cualquier programa externo.*
- 7 *Promoción de los eventos que organice usted o su institución.*
- 8 *Opción a formar parte como miembro evaluador del consejo de la revista.*

IMPORTE DE LA CUOTA ANUAL: Actualmente, la cuota anual es de 33 euros para miembros y 75 euros para instituciones.

Su validez es de un año a partir del pago de la cuota. Por favor, revise la actualización de cuotas en nuestra web.

<http://www.aibr.org/antropologia/aibr/socios.php>

## Reseña



Vinciane Despret et Jocelyne Porcher

**Être Bête**

Actes Sud

Año: 2007

ISBN: 978-2-7427-7126-4

Páginas: 144

Más información:

<http://www.actes-sud.fr/ficheisbn.php?isbn=9782742771264>

José Carlos Loredo Narciandi, Universidad Nacional de Educación a Distancia

Si partimos de la absolutización de la diferencia entre el ser humano y los animales, poco importa el criterio de demarcación que elijamos para justificarla, porque cualquiera de ellos se concebiría de tal modo que sólo podría servir para certificar dicha diferencia. Da igual si encontramos en otras especies casos obvios de imitación o uso de herramientas, por ejemplo. Alguien nos dirá que eso no es *verdadera* imitación ni *auténtico* uso de herramientas. Incluso nos dirá que tales ejemplos sólo parecerán obvios a quien no se haya repuesto completamente de la enfermedad del antropomorfismo.

Despret y Porcher intentan desmontar el discurso “científico” de la diferencia entre el ser humano y los animales mostrando qué tipo de elecciones metodológicas lo determinan. Según ellas, hasta el siglo XX ese discurso no contaba con el respaldo de unas disciplinas que, como la psicología comparada o la etología, se afianzaron a base de cortar sus lazos con unas prácticas en las cuales la cuestión de la especificidad humana era más bien irrelevante: las prácticas de los ganaderos y criadores de animales. En éstas, y aunque el libro no la denomine así, la relación con otras especies es una relación “psicológica”, una relación entre seres capaces de *agencialidad* y seres no capaces, entre un investigador y un objeto de estudio. En este último caso no habría otro agente que el investigador.

Las autoras subrayan que a principios del siglo XX la zootecnia sirvió de puente entre las prácticas de los ganaderos y la psicología comparada. Industrializó la relación con los animales y favoreció el alejamiento respecto a ellos, que cada vez serían más tratados como objetos en lugar de como sujetos. La psicología comparada y la etología, en general, habrían contribuido a reforzar esa tendencia procurando que nada de lo que hiciera el animal fuese imprevisible. Todo debía estar controlado por leyes que tenían que ser descubiertas. Este determinismo lo buscó la psicología en el laboratorio, donde no caben las relaciones psicológicas con el animal, salvo a título de efectos experimentales indeseables. Por su parte Lorenz fundó la etología distanciándose del laboratorio y tratando a sus animales como sujetos, pero él y Tinbergen

necesitaron elaborar un discurso científico y para ello acudieron a analogías mecánicas a partir de las cuales elaborar modelos explicativos del comportamiento. El espíritu escasamente mecanicista del naturalismo decimonónico, que algunos criadores actuales reivindican, cedió en favor de una concepción de los animales como meros objetos.

El libro plantea el problema de la diferencia entre hombre y animal en términos de fronteras disciplinares. Es un problema epistemológico antes que ontológico. La cuestión es cómo evitar la absolutización de la diferencia entre lo humano y lo animal. Despret y Porcher buscan las bases últimas de las teorizaciones acerca los animales en las relaciones prácticas con ellos. Sin esas relaciones, que funcionan como una suerte de *a priori*, no hay teorización posible. Por eso acuden a los ganaderos actuales como herederos de una tradición que no ha perdido de vista la relación psicológica con otras especies. A ellos les preguntan por la especificidad humana buscando respuestas más complejas y matizadas que las de ese discurso “científico” que basa la diferencia en alguna cualidad sustancializada y en el hecho de que los animales la posean o no. El cuerpo del libro está dedicado a exponer lo que varios ganaderos europeos entrevistados respondieron a la pregunta acerca de la diferencia hombre/animal.

Las autoras señalan que habitualmente esa pregunta se formula prejuzgando la univocidad humana (*el hombre*) y definiendo las características de los animales en términos privativos, es decir, de lo que ellos no pueden hacer y nosotros sí. Esa formulación estandarizada tiene mucho de vicio académico. En la calle -sería más propio decir en el campo- la pregunta podría recibir una respuesta tan cortante como la de uno de los agricultores interrogados en un documental citado por las autoras: “no me he levantado a estas horas para responder a preguntas tan idiotas” (p. 127, nota). Despret y Porcher prefirieron problematizar la pregunta y formularla a los entrevistados de un modo abierto, que incluyera la posibilidad de poner entre paréntesis los prejuicios teóricos subyacentes al prejuicio de la diferencia. Y, de hecho, los entrevistados cumplieron las expectativas con creces, pues pusieron patas arriba ese prejuicio. La pregunta era más bien un pequeño discurso que terminaba como sigue: “Según usted, en tanto que ganadero, ¿cómo deberíamos elaborar y plantear la cuestión [de la diferencia entre el hombre y el animal] para que pudiera llegar a interesar a aquellos a quienes la planteamos y para que pudiera llegar a recibir respuestas interesantes?” (p. 26). Los comentarios de los ganaderos se analizan a lo largo del libro en tres pasos: 1) qué capacidades se atribuyen a unos y otros animales (cap. I); 2) cómo se construyen esas capacidades en el trato con ellos (cap. II); y 3) qué hacen los ganaderos para llevar a cabo esa construcción (cap. III). Esto último es particularmente interesante, pues se refiere al hecho de que no sólo es el ser humano quien transforma al animal, sino también al contrario. Conseguir que un animal se comporte de una determinada manera exige plegarse a sus condiciones psicológicas (repito que las autoras no las denominan así) y aprender de él. Aunque la relación es asimétrica -por más que algunos entrevistados casi nieguen tal asimetría-, no es el ser humano el único que enseña, sino que el animal también enseña al ser humano. El hombre modifica la subjetividad del animal, pero

también recíprocamente. Desde la necesidad de haber observado largamente cómo se comportan los animales hasta el aprendizaje inconsciente de gestos y movimientos que ellos sean capaces de interpretar, todo un conjunto de destrezas que el buen ganadero debe reunir nos hablan de un proceso a través del cual el “investigador” se transforma a medida que transforma su “objeto de estudio”. Introduzco estos términos entrecomillados con toda la intención, porque en el espíritu del libro está, me parece, el deseo de una ciencia del comportamiento más cercana al estilo de los ganaderos que al de los conductistas. Algunos de los entrevistados reivindican explícitamente la observación paciente y “pasiva” (pasiva en apariencia) frente a la obsesión, propia del laboratorio, por manipular constantemente el comportamiento de los animales. A mi juicio, la actitud del naturalista decimonónico que heredan los ganaderos debería mostrarnos que aquello que vale para el campo vale para el laboratorio. A fin de cuentas, la experimentación no es más que la continuación de la observación por otros medios.

En general, se advierte que los ganaderos diluyen la cuestión de la diferencia en una compleja red de actividades concretas con los animales tales que sólo ellas proporcionan el contexto adecuado para plantear dicha cuestión. Para los ganaderos no existe *la* diferencia. No hay una clave última de la especificidad humana. Todo depende de la especie de que se trate, del individuo con el que nos relacionemos (ningún ganadero negaría que los animales tienen “personalidad”) y de qué actividad desarrollemos con él. Lo importante no es *la* diferencia sino las capacidades concretas que poseen unas u otras especies e individuos y el modo como nos damos cuenta de cuáles son esas capacidades a medida que nos relacionamos con ellos y las ponemos a nuestro servicio. Esto último ni siquiera ha de entenderse como un uso despiadado de la fuerza de trabajo de los animales (eso sería propio de la zootecnia): el discurso de los ganaderos incluye la idea de que los animales colaboran de buen grado en las labores que desempeñan, o al menos las realizan mejor cuanto mejor se les trate.

Despret y Porcher no pretenden reivindicar algo así como una teoría mundana del comportamiento animal alternativa a las teorías científicas. Y ello por dos razones. En primer lugar porque su intención ni siquiera es entrar a discutir teorías científicas. Se limitan, por convicción epistemológica, a replantear algunas de las preguntas que funcionan como prejuicios o supuestos tácitos de la labor de los científicos. En segundo lugar ellas mismas subrayan que los ganaderos carecen de una concepción teórica unificada del comportamiento animal. Acuden a unos u otros conceptos según las circunstancias -entre ellos, como no podía ser menos, algunos procedentes de la divulgación científica-. Es llamativo que uno de los conceptos típicamente etológicos que emplean lo utilicen justo cuando dejan de considerar a los animales como agentes. Se trata de la noción de “instinto”. Si un animal no se comporta como debiera es porque ha sucumbido al instinto de su especie. Una vaca que agrade al cuidador cuando éste se acerca al ternero actúa irresponsablemente porque no es ella misma, sino que está movida por

el instinto maternal. Sólo en esos momentos excepcionales los animales dejan de ser sujetos psicológicos y pasan a comportarse movidos por fuerzas mecánicas.

Habrá quien tuerza el gesto pensando que las actividades de los ganaderos y criadores serán todo lo eficaces que se quiera pero carecen de teorías científicas que las respalden. Pero lo que defienden las autoras del libro -con un inequívoco regusto latouriano, aunque sin ejercer una aplicación escolástica de la perspectiva de Latour- es precisamente que la ciencia es una actividad humana más, cuyos procedimientos metodológicos dependen de circunstancias que rebasan sus bordes como saber disciplinado o académico. Los “métodos” son ante todo acciones que producen objetividades a base de permitir que surjan nuevos fenómenos (“diferencias”, en terminología latouriana). Ellas suelen utilizar la metáfora de la interrogación: según qué preguntas planteemos a nuestros objetos de estudio, así responderán éstos.

Desde ciertos puntos de vista podría sonar hasta demasiado obvio que la metodología de investigación depende de prejuicios teóricos. Sin embargo, el matiz que dan las autoras a esta idea es muy importante, y seguramente desconcertaría a más académicos. El matiz consiste en mostrar que según cuáles sean los procedimientos de investigación utilizados se obtienen unos u otros resultados e incluso resultados dispares. No es ya que ciertos presupuestos teóricos justifiquen ciertas elecciones metodológicas; es que el efecto mismo de aplicar tales o cuales métodos de investigación será tan diferente como para poder afirmar que, en sentido estricto, nuestro objeto científico dependerá de nuestras metodologías. Aunque las autoras no lo expresen de este modo, la idea es que el propio objeto científico -en este caso el animal- es una construcción metodológica. Las características que lo definen dependen de lo que nosotros hagamos con él. No es una realidad previa cuyas características viene a descubrir una metodología que se le aplica, sino que es esta misma aplicación la que produce dicha realidad.

Un conductista, por ejemplo, podrá aceptar que sus elecciones metodológicas (los laberintos o las cajas de Skinner) van ligadas a toda una filosofía de la psicología que él considera correcta. Lo que ya no aceptaría de buen grado es que aquello que esos métodos le revelan respecto al comportamiento de los animales no es una verdad científica -en el sentido de una realidad objetiva que los métodos ponen de manifiesto- sino el resultado de lo que esos métodos obligan a hacer al animal y -sobre todo- de aquello que le impiden hacer.

Uno de los hilos del libro de los cuales se podría tirar lo constituye la idea de que, a fin de cuentas, todo lo que cabe obtener de la investigación científica con animales son *artefactos experimentales*. Esto no significa que todo sea falso. Significa que la interacción entre el investigador y el animal es inevitable y, además, en lugar de considerarla como fuente de errores deberíamos considerarla como fuente de conocimiento. Si la realidad responde en función de aquello que le preguntemos, son nuestras preguntas las que determinan cuál será el aspecto de eso a lo que llamemos realidad. En psicología se ha solido tratar todo lo que tenga connotaciones de relación afectiva -o, en general, psicológica- entre el animal y el investigador en términos de efectos indeseados, de variables incontroladas a evitar, de obstáculos para la

objetividad (recordemos el Efecto Rosenthal). La lectura de este libro sugiere algo muy diferente. Sugiere que es precisamente esa relación psicológica con los animales la que posibilita que podamos saber algo acerca de su comportamiento. Reducirla a cero equivaldría a eliminar todo posible conocimiento sobre él. Sólo porque podemos interactuar con los animales -sólo porque también somos animales, diría yo- podemos identificar regularidades en su comportamiento. Por supuesto, la relación psicológica o afectiva con ellos no ha de verse como algo místico, misterioso o propio de personas sensibleras. El libro lo trata en términos eminentemente prácticos, de regulación mutua del comportamiento basada en gestos y acciones cuya funcionalidad, desde luego, no siempre es conocida por el investigador o por el criador. Hay multitud de movimientos inconscientes y, en general, de condicionamientos recíprocos inadvertidos, lo que no impide que el criador pueda convertirse en un psicólogo comparado e intentar identificarlos para manipularlos.

Para terminar me gustaría sugerir una crítica al enfoque del libro que, en realidad, no es una crítica sino que indica, creo, una vía para profundizar en su argumento. Porque ¿realmente no hay otra cosa en la historia de las ciencias del comportamiento que no sea mecanicismo? ¿Es posible meter en el mismo saco a Jennings, Yerkes, Hobhouse, Köhler o Washburn y a Loeb, Watson o Thorndike? ¿Podemos olvidar, por ejemplo, que el psicólogo Alfred Binet escribió en 1889 un libro sobre *La vida psíquica de los microorganismos* donde, en la mejor tradición aristotélica (no mecanicista), identificaba vida y conciencia? ¿De verdad fue completamente barrida en las ciencias del comportamiento la tradición organicista decimonónica representada por nombres como Haeckel? ¿Acaso no demuestra la propia primatología a la que aluden las autoras -citan por ejemplo a Frans de Waal, controvertido pero imposible de ningunear- que el mecanicismo no ha sido el único tono de las ciencias del comportamiento en el siglo XX, aunque quizá haya sido el más agudo?

Los ganaderos son antimecanicistas -digámoslo así- por necesidad, porque tratar a los animales como máquinas en nada mejoraría su rendimiento. Ahora bien, dentro de la ciencia las actitudes no mecanicistas tampoco han estado del todo ausentes. No lo han estado en la primatología. Despret y Porcher señalan que la primatología ha sido en ese aspecto una niña mimada debido a lo cercanos que percibimos a los simios, pero que si aplicamos a otros mamíferos el mismo tipo de estrategias metodológicas que emplean los primatólogos obtenemos resultados sorprendentes en lo que a capacidades psicológicas se refiere (citan un trabajo de Thelma Rowell en el cual aplica su mirada de primatóloga a los corderos y descubre fenómenos típicamente "simioscos" como la reconciliación tras un conflicto). En realidad, hace décadas que se estudian fenómenos de imitación, uso de instrumentos, organización jerárquica, reconocimiento mutuo, "teoría de la mente", comunicación, etc., en animales tan variados como los papagayos, los cuervos, los macacos, los delfines o los lobos. Y el tema de las "culturas animales", que ha funcionado como un lugar privilegiado para desmontar el discurso de la escisión entre las demás especies y la nuestra, es bien conocido desde al menos los años

sesenta del pasado siglo. Sólo un triunfo político del mecanicismo en la academia podría, al modo totalitario, eliminar esas corrientes deportándolas al *Gulag* de lo no científico.

No planteo eso con el ánimo de salvar la cara a ningún gremio -psicólogos o etólogos-, sino para conceder mayor beligerancia a las tesis del libro. Si ni siquiera dentro de las fronteras disciplinares de las ciencias del comportamiento está todo tan claro en cuanto a dar la razón a Descartes, si en el interior mismo de esas fronteras hay guerras civiles -o al menos guerrillas-, entonces ni podemos otorgar la exclusiva del antimecanicismo a un ámbito de trato práctico con los animales que funcione como una tierra prometida más allá de dichas fronteras académicas, ni podemos considerar estas fronteras como límites precisos e infranqueables. El trato práctico con animales existe y es importantísimo, desde luego. Más aún: a la actividad de los ganaderos podríamos sumarle la de pescadores, cazadores, cetreros, colombófilos, jinetes, etc. Pero además de analizar estos ámbitos de actividad deberíamos profundizar en la idea de que la continuidad entre práctica y ciencia es quizá mayor de lo que suponíamos. El capítulo IV del libro, acerca de la pragmática de los expertos, sugiere justamente que no deberíamos trazar una línea divisoria entre quienes saben -los científicos del comportamiento- y quienes no saben -los ganaderos-. La formulación de la pregunta por las diferencias entre hombres y animales que realizan las autoras pretende, entre otras cosas, borrar esa línea. Pretende dar a los ganaderos la oportunidad de mostrar lo que saben y redistribuir así las funciones de lo que se suponía que era ser experto en comportamiento animal, sin pensar que existe un discurso profesional y, frente a éste, un discurso *amateur* o ignorante.